

Encuentro de dos amigos abulenses en Madrid.

Finalizadas las fiestas navideñas, con el comienzo de un año cualquiera, Javier Rodríguez, un aparejador experto, recibe un martes de enero, la llamada de un amigo ingeniero, compañero de trabajo en un proyecto que situó a Ávila en la punta de lanza de la investigación del automóvil, con la construcción del CES-VIMAP, centro puntero de investigación y formación.

—¿Cómo le va al ingeniero abulense? —responde sorprendido.

—¡Muy bien!, el próximo sábado voy a ir con la familia de compras por Madrid.

—Conmigo no cuentes para ir de tiendas —le interrumpe convencido.

—¡Ya lo sé!, a mí tampoco me gusta. La idea es dejar a las chicas a su aire y nosotros dar una vuelta —puntualiza.

—Me apunto encantado.

—Tendrás que hacer de anfitrión y enseñarme algún sitio que no conozca.

—¡Eso está hecho! —se manifiesta convencido, lleva tiempo pateando por su ciudad y le hace mucha ilusión enseñar lo que sabe a sus amigos.

Los días siguientes, en sus ratos de ocio, le da vueltas al camino que quiere transitar con su antiguo compañero. Repasa algunos paseos de sus recientes aventuras y finalmente se decide por una idea más global, que lleva tiempo queriendo hacer y sabe que sorprenderá a su colega.

El resto de una tranquila semana se le pasa rápido, con ganas de que llegue el sábado, para dar una vuelta con un amigo que hace tiempo que no ve.

El día de la cita, después de comer y disfrutar de una breve siesta, se dirige hacia el punto de encuentro.

Han quedado a las cinco de la tarde en la Plaza del Carmen, que tiene un aparcamiento grande, próximo a la zona de compras y es buen lugar para iniciar paseos por el centro.

El madrileño llega con tiempo a hora de la cita, como corresponde a un puntual crónico.

Aprovecha para acercarse a la iglesia del Carmen, para saludar a la Virgen de la Salud, muy especial para él, situada en una capilla junto a un Cristo yacente, donde lee una placa que señala que la visita otorga las mismas indulgencias que San Juan de Letrán de Roma.

En algunas misas, a las que asistió con su madre, su deformación profesional le llevaba a fijarse en las bóvedas de cañón, las rejas del siglo XVII, alguna de ellas realmente notable, los púlpitos de mármol y los balcones corridos sobre las capillas, desde los cuales se supone que la comunidad carmelita podía seguir los oficios.

Se acerca a besar los pies del majestuoso Cristo de la Fe y pasa a saludar a la Virgen de las Angustias y al Cristo de la Salud, el de los gitanos, que vino desde la Iglesia de los Jerónimos, por causa de una obra y se ha quedado permanentemente en su nueva casa.

Recuerda que algún miércoles santo les ha visto salir a procesionar, con gran esfuerzo de los costaleros, por la estrechez de la calle de salida.

Antes de salir, recuerda que cuentan las crónicas que en el lugar donde hoy se alza la iglesia había en el siglo XVI una famosa manzana, antes de ser un convento carmelita, gracias al apoyo real y del Caballero de Gracia que adquirió el terreno.

Con la desamortización se produjo la exclaustración de los frailes y años más tarde el edificio se convirtió en filial de la parroquia de San Luis Obispo, siendo incendiada en la guerra Civil.

Mientras desanda el breve recorrido hacia el lugar de encuentro, observa el exterior realizado en mampostería y ladrillo y las portadas que dan a la calle de la Salud y del Carmen.

En los años 50, al ensancharse la calle de la Salud, el templo hubo de ser acortado, aprovechándose la ocasión para colocar la portada que da a esta misma calle procedente de la destruida iglesia de San Luis Obispo.

Al llegar al punto de encuentro lee en una placa la historia del convento, que al demolerse fue ocupado por los Cines Madrid y ahora el espacio lo ocupa un centro comercial.

Sin mucha demora de la hora de la cita, salen del aparcamiento a su encuentro, Luis, su mujer Begoña y la hija adolescente. El hijo mayor está haciendo las américa en una Universidad con una beca deportiva de tenis.

Tras los abrazos y besos de rigor, el grupo se separa de forma muy disciplinada. Las chicas a las compras y los chicos al paseo.

Una vez solos, Javier quiere dirigir los pasos hacia la ruta pensada y propone a su amigo ir a tomar un café a un lugar muy especial.

La propuesta es bien recibida, por el café y alguna necesidad fisiológica derivada del viaje.

Hacen un paseo rápido por la Gran Vía, animados por el bullicioso pasear de la gente.

No pueden evitar criticar a los agoreros que protestaban por el aumento de unas aceras, que en muchos momentos se quedan pequeñas.

Al cruzar por la calle Montera, que une la Puerta del Sol y La Gran Vía el madrileño no puede evitar recordar tiempos más caóticos.

—Desde que es peatonal ha mejorado mucho el entorno y el público.

—Era un caos entre autobuses, señoritas y clientes de moral distraída y turistas despistados —ratifica el abulense que vivió un tiempo cerca de este entorno.

—Se pueden apreciar algunos notables edificios que configuran el entorno —dirige su mirada a las esquinas de la calle con la Gran Vía

—El que es espectacular es el de Telefónica —señala su compañero con la vista clavada.

—Fue el primer rascacielos de Europa y durante un año el más alto.

La imagen inspira al guía a cruzar la gran avenida hacia el inicio de la calle Fuencarral, que tras su peatonalización es un lugar principal de compras.

—Este es el paso de cebra más transitado de España —apunta un hecho que le han contado y no sabe si se ajusta a la realidad.

—Parecemos dos Beatles abulenses —bromea el visitante.

Entre bromas siguen el descenso de la calle, hasta llegar al encuentro con la calle Alcalá y entran en la Iglesia de San José.

Quiere enseñarle la capilla de la Santa de su tierra, que guarda un poco del corazón abulense en la capital.

A la salida señala a su amigo el espectacular edificio del Círculo de Bellas Artes y le informe que es el primer destino y mientras esperan a cruzar, le cuenta lo que sabe.

—Fue diseñado por el arquitecto Antonio Palacios, tras ganar un polémico concurso de arquitectura.

—¿Por qué fue polémico? —se interesa el ingeniero.

—Se excluyó la propuesta de Palacios y Otamendi a causa de una interpretación en la forma de medir las alturas y el concurso quedó desierto. Solventados los recelos administrativos y tras la votación de los socios se les encargó el proyecto.

—Debió ser muy moderno para la época.

—No estaba pensado como un edificio de esquina, hubiera resultado más adecuado en otra localización, lo que no quita que en la actualidad sea un símbolo destacado de la arquitectura modernista madrileña. El arquitecto planteó un diseño vertical, donde cada planta reduce su escala a medida que gana altura y se corona por un torreón.

Llegan junto a las cristalerías y antes de entrar, Rodríguez hace girar a su amigo, para mostrarle una de sus postales favoritas de Madrid. La que forman el Edificio Grassy, que tiene el honor de llevar el número 1 de la Gran Vía, construido por el arquitecto Eladio Laredo y el edificio Metrópolis, uno de los más representativos de la capital, situado en el número 37 de la calle Alcalá.

—En mis momentos más poéticos, imagino que son las proas de dos gigantescos barcos que navegan por la Gran Vía, en dura competición por llegar primero a saludar a la Diosa de Madrid.

—Hay otro edificio parecido con fachada en curva —recuerda Pelayo.

—Es mi <<tercer barco favorito>>, proyectado por el arquitecto barcelonés José Grases Riera, está varado en la calle Alcalá 14, esquina con la calle Sevilla, sometido a una reparación con la <<Operación Canalejas>> —sigue con sus referencias literarias.

—Ya sé cuál es —se sitúa el turista.

Finalmente entran en la cafetería por el acceso exterior de la calle Alcalá, para no estropear la sorpresa.

Avanzando entre mesas y admiran el salón palaciego, hasta situarse en una mesa junto a las cristalerías del alzado lateral, que permiten la vista del exterior ciudad, como si de una postal renacentista se tratase.

—Es el café-restaurante La Pecera, una parada obligatoria para los amantes de la cultura —apunta el que ha comido alguna vez y tomado café con más asiduidad.

—Extraño nombre —reflexiona Luis.

—Parece que la gente empezó a llamarle <<pecera>>, porque desde fuera se veían por los cristales a la gente pululando y eran <<*peces gordos*>> —expresa divertido.

Entre risas y anécdotas toman las consumiciones, mientras disfrutan de la visión de las obras pictóricas de gran formato que cuelgan de sus paredes, las esculturas procedentes de los fondos que atesora el Círculo y las espectaculares lámparas de época.

—Es un lugar precioso, pero no justifica un viaje desde Ávila —trata de picar a su amigo.

—Te voy a enseñar unos salones espectaculares —intenta despistarle.

Aprovecha que el abulense tiene que ir al aseo para pagar la cuenta. En su regreso toma el relevo, para aprovechar a sacar, de forma discreta, los tiques que les van a permitir admirar la sorpresa preparada.